

EL TERCER HOMBRE

Dentro de algunos días, el 30 de septiembre exactamente, dos hombres dejarán la siniestra prisión de Spandau, en Berlín-Oeste, maloliente construcción en ladrillos rojos rodeada de enormes murallas, guardada durante el día y la noche por soldados soviéticos, norteamericanos, británicos y franceses.

Condenados, el 30 de septiembre de 1946, a veinte años de prisión, Albert Speer y Baldur von Schirach van a recobrar su libertad. Rudolf Hess, condenado a cadena perpetua, quedará como el único prisionero, a menos que los cuatro aliados de la segunda guerra mundial, responsables de su suerte, se decidan a indultarlo, liquidando los conflictos del pasado.

Se les tenía un poco olvidados a estos tres personajes, altos dignatarios de la jerarquía nazi. Si se quiere recordar sus rostros, que ahora salen de la sombra, hay que evocar uno de los «momentos de la historia» del siglo XX: el proceso de Nuremberg, en el que fueron condenados.

Mil novecientos cuarenta y seis. Porque, tres años antes, en la Conferencia de Teherán, Roosevelt, Churchill y Stalin declararon: «Los principales criminales de guerra serán castigados por decisión común de los Gobiernos aliados», el proceso mayor de la Historia empezó a desarrollarse, durante más de un año, desde el 20 de noviembre de 1945 al 30 de septiembre de 1946, sus audiencias algunas veces monótonas, otras dramáticas, haciendo revivir el martirio de los resistentes asesinados, de millones de ciudadanos del Este y judíos masacrados, torturados, arrojados en las cámaras de gas.

celdas 1, 5, 7...

Veintín líderes hitlerianos se sentaron delante de los acusadores y jueces designados por los Gobiernos de USA, Gran Bretaña, Francia y URSS. Se notaban grandes vacíos en el banco de los acusados. Hitler se había suicidado en Berlín, en su bunker. Goebbels, su fiel propagandista, imitó a su amo en la muerte violenta. Himmler, gran jefe de la Gestapo y de las SS, se había suicidado poco después de su arresto. Bormann desapareció de forma misteriosa, después de abandonar el bunker de Hitler en el momento en que las tropas soviéticas se lanzaban al asalto de Berlín. Todos éstos eran ausentes notorios, pero otras estrellas del hitlerismo estaban presentes. Estaban allí el grueso Go-

en la prisión más cara del mundo no quedará más que un solo detenido



ring y el menudo Hess, respectivamente primer y segundo tenientes de Hitler; Von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores; Rosenberg, teórico del nacional-socialismo; Streicher, propagandista titulado del antisemitismo; Von Schirach, jefe de las Juventudes Hitlerianas; Albert Speer, el hombre del armamento; el mariscal Keitel, el general Jodl, los economistas Funk y Schacht, los diplomáticos Von Papen y Von Neurath, el jurista Frick, los almirantes Raeder y Doenitz, los «gauleiter» Sauckel, Frank y Seiss Inquart, Kaltenbrunner, jefe de los servicios de seguridad de las SS, y Fritzsche, colaborador de Goebbels.

En el curso de este proceso gigantesco, el grupo de juristas de las cuatro potencias victoriosas presentó informes voluminosos, detallados, que sirvieron para la acusación no sólo de los veintín jefes nazis, sino de seis organizaciones nacional-socialistas. Los crímenes hitlerianos fueron incansable, minuciosa, implacablemente evocados, disecados, clasificados en tres rúbricas —«crímenes contra la paz», «crímenes contra la guerra» y «crímenes contra la Humanidad»— y su monstruosidad hizo al fiscal de Estados Unidos, Jackson, gritar: «La verdadera parte demandante en esta sala es la civilización».

A la hora del veredicto, el tribunal internacional pronunció diez condenas a muerte por ahorcamiento (Goering se envenenará, en el último momento, con una cápsula de cianuro que había conseguido esconder) y condenas a penas de prisión, mientras que Schacht, Von Papen y Fritzsche fueron absueltos. Los soviéticos y los franceses habían pedido veintinueve cabezas, pero los norteamericanos y los ingleses quisieron mostrarse más matizados y la voz preponderante del presidente inglés, lord Justice Lawrence, prevaleció.

¿Qué es actualmente de los siete acusados de Nuremberg que la civilización condenó, pero que la justicia no hizo ahorcar? El almirante Doenitz, el gran jefe de la flota de submarinos de Hitler, dejó Spandau en 1956, después de haber purgado su pena diez años. Ahora se beneficia de un retiro confortable y no desdén, cuando la ocasión se presenta, en honrar cualquier manifestación de los neo-nazis. Von Neurath, que fue el predecesor de Ribbentrop en el Ministerio de Asuntos Exteriores, condenado a veinte años de prisión, fue indultado en 1954. El antiguo jefe de la «Kriegsmarine», el almirante Raeder, se benefició de la misma medida en 1955.



Por ALBER-
PAUL LENTIN
Y
GERARD
SANDOZ

El lugarteniente del Führer, Rudolf Hess, en la época triunfal de las águilas y las cruces gamadas, dirige la palabra a los nazis austriacos en 1938. Arriba, a la derecha, la fortaleza-prisión de Spandau en el momento del relevo de la guardia soviética.

Funk, condenado a prisión perpetua, recobró la libertad en mayo de 1957. Los tres, después de esa fecha, murieron en el casi anónimo, y durante muchos años, Baldur von Schirach, Speer y Hess han sido las únicas grandes jefes nazis cuyo existencia recordaba todavía al mundo el Walhalla nazi y el crepúsculo de los dioses, el crimen y el castigo.

Únicos ocupantes del establecimiento penitenciario de Spandau, construido para seiscientos prisioneros, y actualmente dirigido en común por los cuatro potencias victoriosas de la segunda guerra mundial, estos tres hombres han sido, durante diez años, «los tres hombres en una prisión», los detenidos solitarios, fuera del mundo, de las celdas uno, cinco y siete. Han costado caro, muy caro —el equivalente a unos seis millones de pesetas por año—, al Senado de Berlín-Oeste, que es quien paga su estancia forzada. Cada mes, treinta soldados soviéticos, norteamericanos, británicos y franceses se relevan para guardarlos. Esta situación va a terminar. El próximo 30 de septiembre, a las cero horas, Baldur von Schirach y Speer franquizarán, libres, las puertas de Spandau.

un joven líder romántico

Baldur von Schirach había sido jefe de las Juventudes Hitlerianas; después de la conquista de Austria por los nazis, fue nombrado «gauleiter» de Viena, donde organizó la deportación de los judíos.

Los que han vivido el proceso de Nuremberg lo recuerdan en la sala, explicando con volubilidad, y no sin cierta habilidad, el papel que jugó bajo Hitler. Tenía treinta y nueve años. Era el benjamín de los nazis. Hablaba bien y era guapo, con su mirada profunda y sus negros cabellos cayendo en desordenadas mechones sobre su ancha frente. Fue, a la vez, el «boy scout» ingenuo y el joven líder romántico. Según él, las Juventudes Hitlerianas no fueron más que un gran movimiento romántico, fraternal y bucólico, un poco nacionalista quizá, gracias al cual muchachos amantes de la naturaleza partieron, mechilla al hombro, hacia los verdes campos, para hacer deporte, cantar a coro y recitar, durante la noche, alrededor del fuego de campamento, poemas lírico-patrióticos —los poemas de Baldur von Schirach, precisamente—, cuyo autor leyó complacientemente a un Tribunal, en verdad poco sensible a este tipo de literatura.

Según él, «las Juventudes Hitlerianas se dieron cuenta un día, horrorizadas, que habían sido engañadas, y yo mismo descubrí, yo que había considerado a Hitler como un guía y un jefe de Estado perfecto, que había sido engañado. Había formado una juventud que veía a Hitler como lo veía yo mismo. Mi crimen es haber educado a la juventud alemana para un hombre que había cometido millones de crímenes. Yo creía en ese hombre. Es todo lo que puedo decir...». Así habló, después de Zaratustra,

Baldur von Schirach, mezclando verdad y mentira, candor y cinismo. Fue el único acusado que admitió la inmensidad de los crímenes cometidos por él mismo y sus amigos y los jueces tuvieron en cuenta, en su favor, esta autocrítica inesperada.

Albert Speer es otro tipo de hombre. Frío, metódico, lógico, con una lógica que da escalofríos y produjo catástrofes.

Aquitecto de profesión, ministro de Armamento del Tercer Reich a partir de 1942, fue el gran tecnócrata del régimen. El fue quien puso a punto, «científicamente», la deportación de millones de trabajadores de todos los países ocupados, que fueron empleados en los talleres nazis. Fue él quien fijó, día tras día, las exigencias de la máquina de guerra nazi y quien, cuando no hubo más trabajadores «civiles» disponibles, hizo que fueran utilizados los prisioneros de guerra. Un gran organizador en suma, muy apreciado por Hitler, que, después de los primeros bombardeos aliados sobre las ciudades alemanas, dijo tranquilamente: «Eso no tiene ninguna importancia, Speer me reconstruirá mis ciudades».

En Nuremberg, Speer declaró que cuando descubrió hacia qué abismos, el Führer, al final de la guerra, conducía a Alemania, preparó, para suprimirlo, diversos proyectos, cada cual más ingenioso, pero que ninguno, desgraciadamente, pudo ser llevado a efecto. Pidió que eso se le tuviera en cuenta y con-

juró a los jueces a «pensar más en el porvenir que en el pasado». Tenía grandes visiones futuristas, que no dudó en confiar al Tribunal: «De aquí a cinco o diez años, la técnica de la guerra ofrecerá posibilidades de enviar cohetes de un continente a otro, con una precisión absoluta. La desintegración del átomo permitirá matar, en el centro de Nueva York, en caso de conflicto mundial, un millón de personas en una segunda, por medio de un arma servida por diez hombres. La muerte, imprevisible, atravesará el éter más rápida que el sonido, e invisible incluso en pleno día...».

Hay que reconocer que este profeta helado ha tenido siempre el sentido de las grandes perspectivas históricas, igual que su amigo Werner von Braun, el inventor de las V-2, que rinde hoy tan buenos servicios a la técnica norteamericana. Un hombre inquietante este Albert Speer... Un hombre que hoy apenas ha pasado la sesentena y que quizá no haya dicho aún su última palabra.

un loco volante

De toda la fauna nazi, Rudolf Hess, el «tercer hombre» de Spandau, fue y sigue siendo el personaje más extraño. Nadie, todavía, ha aclarado completamente la increíble aventura que ese delirio de Hitler, número tres del régimen, después del todopoderoso canciller del Reich y de Goering, intentó, el 10 de

(pasa a la página 60)



Congreso de sastres

El palacio imperial de Hofburg —que fue sede de los emperadores austríacos— ha sido el escenario del XII Congreso de la Federación Internacional de Maestros Sastres. Participaron en el certamen 16 países. España ha estado magníficamente representada en el Congreso, presentando ocho modelos exhibidos por tres «dressmans». La delegación española estuvo presidida por el presidente del Consejo español de Sastres, señor don Manuel A. Carreras. Presentamos a nuestros lectores uno de los modelos exhibidos. Se trata de un modelo italiano, en pura lana virgen, de color gris, abrochado con seis botones. Todos los trajes exhibidos estaban confeccionados en lana pura.

espectadores asociados

Se acaba de constituir en nuestra capital la Asociación de Espectadores de los Teatros Nacionales, cuyas bases son las siguientes:

- 1.º Asistir gratuitamente a todos los estrenos de la temporada de los teatros Español, María Guerrero y Nacional de Cámara y Ensayo (Beatriz).
- 2.º Asistir gratuitamente a las sesiones de Taller de los Teatros Nacionales.
- 3.º Asistir gratuitamente a los Martes Musicales, así como a las Tertulias de los Sábados en el mismo teatro.
- 4.º Descuento en la cuota de la Fil-moteca Nacional.

El precio del abono será de 500 pesetas por temporada. Al quedar constituida esta Asociación quedan suprimidos todos los descuentos que se concedían habitualmente en estos teatros.

espíar a la familia

La desconfianza, los celos, pueden llegar a extremos insospechados. Tal es el

caso de ese ciudadano suizo que espía a su familia por medio de un micrófono. El aparato, del tamaño y forma de una caja de cerillas, ha sido descubierto en su apartamento gracias a la reclamación de un auditor de radio que se quejaba de intrusiones en sus ondas. Esta intromisión en las vidas privadísimoas de sus propios familiares es castigada por las leyes suizas. El curioso desconfiado puede sufrir un año de encarcelamiento y 20.000 francos suizos de multa.

caballos en moscú

En el transcurso de una venta a subastadores internacionales, celebrada en Moscú, han sido vendidos sesenta y dos caballos de carreras a compradores procedentes de Inglaterra, Austria, Dinamarca, Finlandia, Francia, Suecia y Alemania Federal. Una sociedad canadiense ha hecho la adquisición de tres pura sangre por correspondencia. El montante total de la subasta se ha elevado a ochenta mil dólares.

(Viene de la pág. 45)

mayo de 1941, cuando voló a bordo de un «Messerschmidt», para aterrizar en... el corazón de esa Inglaterra contra la cual su país dirige una guerra implacable. Aterrizó en Escocia, cerca de la finca del duque de Hamilton, al cual había conocido en 1936, y explicó al aristócrata que su rocambolesco viaje tenía por fin convencer a los dirigentes británicos que firmaron una «paz blanca» con la Alemania hitleriana.

Hess estaba, ciertamente, en su derecho al pensar que ciertos medios británicos, lejos de desear la derrota de la Alemania nazi (Munich, después de todo, no estaba tan lejos), desearían más un cambio en las alianzas, susceptible de dejar en el aislamiento a la Unión Soviética; pero también es cierto que hacía falta tener muy poco sentido de la realidad para creer que el «partido de la paz» pudiera, en mayo de 1941, en Inglaterra, conseguir, seriamente, un entendimiento con Hitler por medio de un mensajero caído del cielo. Cuando el Führer, el 15 de mayo de 1941, calificó a Rudolf Hess de «loco valiente», no se puede negar que tenía cierta razón. Teniendo en cuenta además que Hess, en una carta dirigida días después a Hitler, se excusó... por haber pilotado él mismo su avión «contrariamente a las reglas en vigor».

Los interrogatorios interminables del Intelligence Service no devolvieron al equilibrio mental al Número Trece del Tercer Reich. En Nuremberg, donde parecía ausente del proceso, tenía trastornos alucinatorios, intermitentes pero pronunciados. La primera vez que vio en el banco de la acusación a los dos fiscales adjuntos franceses, Paul y Alfred Costa-Floret, hermanos gemelos de extraordinario parecido, los miró con ojos desorbitados e hizo un gesto ahumado que parecía querer decir: «¡Ya vuelve a comerser! ¡Otra vez veo doble!».

Hess se quejaba también de terribles pérdidas de memoria, pero éstas podían estar más dirigidas a desorientar, pues era también un simulador. Un psiquiatra francés comisionado por el Tribunal le pidió un día que reconociera los signos que trazaba sobre un papel. Hess nombró el círculo, el cuadrado, el rectángulo, pero al ver la cruz gamada declaró: «Ese monigote no sé, en absoluto, lo que es». «Está chillado, pero se ríe de nosotros», diagnosticó entonces, en términos poco científicos, pero certeros, el sabio experto.

el último símbolo

Hoy se dice en Berlín que Hess ha perdido la poca razón que le quedaba tras los muros de la prisión de Span-

dau. Hay quienes se apiadan de su suerte y piden, sobre todo en ciertos medios, que sea indultado, porque, seguramente, no será posible ya guardar mucho tiempo a Hess en prisión después que Bal-dur von Schirach y Speer sean puestos en libertad.

Los representantes de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia dejan oír —otiosamente, ya que no oficialmente— que ellos comparten este punto de vista, pero los soviéticos lo combaten categóricamente. Opinan que el prisionero Rudolf Hess continúa siendo el último símbolo de la culpabilidad alemana establecida después de la derrota del nacional-socialismo y que es deseable que ese símbolo siga vivo la mayor cantidad de tiempo posible. Una segunda razón, más a ras de tierra, explica también la actitud soviética: la prisión de Spandau, situada en el Berlín-Oeste, en el sector británico, constituye la última supervivencia de la administración común de Berlín por las cuatro potencias victoriosas y su existencia misma es un ejemplo, un precedente que puede tomar, cualquier día, nueva importancia... He ahí por qué la Unión Soviética se pronuncia por el mantenimiento del *statu quo* de Spandau y acepta todo lo más cerrar una parte de la prisión con el fin de permitir una disminución de los gastos de sostenimiento.

Veinte años después del veredicto del Tribunal de Nuremberg, muchas cosas han cambiado. Los amigos y los enemigos no son los mismos que antaño. El defensor de Rudolf Hess en el proceso de Nuremberg, el doctor Alfred Seidl, un pequeño nazi contumaz que fue también a Tel-Aviv a defender a Adolf Eichmann, se da perfectamente cuenta de ello. Hablando en Munich, hace algunos días, del caso de su cliente, niega, como lo hacía veinte años antes, en Nuremberg, con su voz ladregadora, que Hess fuera un criminal, y añadió: «Los Estados Unidos hacen la guerra en Vietnam y bombardean Vietnam del Norte. El veintinueve de octubre de mil novecientos cincuenta y seis, Gran Bretaña, Francia e Israel atacaron Egipto. Se puede sacar la consecuencia que ellos consideran la guerra como un medio legítimo de satisfacer las ambiciones nacionales».

Evidentemente, no es esta justificación de los crímenes hitlerianos la que hará cambiar de opinión a los representantes de la URSS, muy reservados cuando los occidentales les sugieren discretamente considerar al indulto de Rudolf Hess. Parece lo más posible que el último de los acusados de Nuremberg, algo más que medio loco, habita durante bastante tiempo en la prisión de Spandau. Mucho tiempo, y solo, irrisorio peleo de un pasado horrible.

ALBERT-PAUL LENTIN y
GERARD SANDOZ